

# Cultura y Sociedad

## Homogeneización y Pluralidad Cultural

### Universalismos y Particularismos

Néstor García Canclini (\*)

#### Resumen

El autor propone una reflexión que intenta ubicar el estado actual de la **tensión histórica** entre homogeneización y pluralidad cultural en América Latina, reconociendo que ella existe desde la colonia. Así, afirma que ubicar la dicotomía universalismo vs. particularismo pasa, actualmente, por reconocer la crisis del concepto de **naclón** como fundamentador clásico y como marco referencial último de **nuestra cultura**, en la tradición intelectual "ensayística, humanística e ideológica" de los pensadores latinoamericanos desde principios del Siglo XX hasta los años ochenta. La crisis de la nación coincide con la crisis de los paradigmas con los que las ciencias sociales latinoamericanas explicaron el asunto cultural, el desarrollismo y el dependentismo. Ello plantea la paradoja de que los análisis sociológicos, antropológicos y comunicacionales de los años setenta y ochenta sobre el tema coinciden con el cuestionamiento de la viabilidad de nuestro continente, dramatizando la confrontación entre nuestra pluralidad étnica y cultural y los intentos homogenizadores del proceso modernizador neoliberal. Advirtiendo que el mismo no siempre resulta contradictorio, así nuestra cultura se esta "hibridizando" en una síntesis dinámica que las ciencias sociales están obligadas a reconocer y a explicar.

**Términos claves:** Cultura, Comunicación, Industria Cultural, América Latina,

#### Abstract

The author presents a reflection on the current state of **historical tension** between homogenization and cultural plurality in Latin America, recognizing that this tension has existed since the colonial period. Thus, he affirms, to locate the dichotomy of universalism vs. particularism one has to first recognize the crisis of the concept of **naclón** as traditional basis and ultimate reference point of **our culture**. Here he is referring to the "essayist, humanist, and ideological" intellectual tradition of Latin American thinkers from the beginning of the 20th Century until the 1980s. The national crisis coincides with the crisis of the paradigms with which Latin American social sciences explained cultural issues, development, and dependency. The author presents the paradox in which communication, sociological and anthropological analyses of the 1970s and 80s dealing with this theme, agree with the questioning of the viability of our continent, dramatizing the confrontation between our ethnic and cultural pluralism and the homogenizing attempts of the neoliberal, modernizing process. Warning that such homogenizing attempts do not always have contradictory results, our culture is thus "hybridizing" through a dynamic synthesis which the social sciences are obligated to recognize and to explain.

**Key Terms:** Culture, Comuncation, Culture Industry, Latin America.

(\*) Departamento de Antropología, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa. México, D.F.

## ¿EN QUÉ ESTADO

## SE HALLAN LOS ESTUDIOS CULTURALES EN AMÉRICA LATINA?

Elegir los temas indicados en el subtítulo ha sido una decisión fecunda del Comité Organizador de ALAS para situarnos en algunas encrucijadas del debate actual. Sin embargo, también podría argumentarse que las tensiones entre homogeneización y pluralidad, universalismo y particularismo, son antiguas en el continente. Sería posible rastrearlas desde la conquista, y sobre todo en los conflictos por la formación de naciones modernas durante los siglos XIX y XX. Por eso, me parece necesario señalar que recientemente se han modificado las condiciones socioculturales en que se desenvolvían estas cuestiones y los modos de tratarlas. Hay que comenzar refiriéndose a la pérdida de poder explicativo de los dos enfoques más utilizados en las últimas décadas.

a) Hasta mediados del siglo XX los estudios y polémicas sobre homogeneización y pluralidad culturales se referían al carácter multiétnico y a las desigualdades regionales de las sociedades latinoamericanas. La nación aparecía como la unidad integradora en la que se organizaban y "resolvían" esas diferencias. Aunque ciertos antropólogos e intelectuales reivindicaban las especificidades locales y étnicas, la cultura nacional era el gran objeto de los discursos y el punto de observación desde el cual se estructuraban los datos. Cuando Mariátegui o Arguedas se preguntaban cómo interpretar el lugar de los indígenas en la realidad peruana; cuando desde Gilberto Freyre a Roberto de Matta los brasileños buscaron entender la convergencia de sus regiones y tradiciones en un mestizaje nacional, no dudaban de que esa variedad de prácticas podía concectarse, a veces en forma conflictiva pero siempre gracias a la idea de nación. Cuando desde Ezequiel Martínez Estrada a Hernández Arregui o David Vinas los argentinos discutíamos sobre los papeles de la ciudad-puerto y del interior, sobre las élites y las clases populares, las discrepancias estaban subsumidas bajo el ser o la historia nacionales; cuando Octavio Paz o Leopoldo Zea se interrogaban sobre la manera de ser contemporáneo de todos los hombres y cómo integrarse con el resto de América Latina era claro que el laberinto de su soledad y de su visión tenía como foco ordenador lo que llamaban la identidad mexicana.

Esa centralidad de la cuestión nacional estuvo asociada, o fue simultánea, con un modo de tratar estos procesos: el predominio del género ensayístico y de las humanidades clásicas. Los escritores, historiadores y filósofos establecieron un estilo reflexivo y una manera de organizar la argumentación donde las hipótesis prevalecían sobre los datos y los análisis empíricos. Otra característica de muchos de estos textos (por ejemplo, los de Mariátegui, G. Freyre, Hernández Arregui) fue su dependencia de las tomas de posición políticas o ideológicas de sus autores. Contribuyeron así a dar contenido a las políticas nacionales y a elaborar conceptualmente una etapa de nuestra multiculturalidad. Pero dada la precariedad de sus "demostracio-

nes” y los condicionamientos políticos de sus argumentos tal vez un análisis desconstruccionista mostraría que el lugar asignado a la nación en esos discursos fue más un resultado del voluntarismo que de descripciones de lo que estaba ocurriendo en la sociedad. Mi objetivo aquí es sólo señalar las dificultades de mantener actualmente ese tipo de enfoques.

b) El desarrollo de las ciencias sociales latinoamericanas a partir de los años 50 generó nuevos paradigmas, mejor fundamentados en investigaciones empíricas. Sus modelos más influyentes, incluso en el análisis cultural, fueron las teorías desarrollistas y de la dependencia. También en estas corrientes el debate sobre lo nacional jugó un papel decisivo. De acuerdo con el desarrollismo, según el cual la industrialización económica de cada nación, superaría los “obstáculos” de las tradiciones premodernas y la consiguiente heterogeneidad sociocultural de nuestras sociedades, las vanguardias artísticas e intelectuales propiciaron la internacionalización de la producción y del gusto, sintonizando los proyectos de modernización nacional con las innovaciones de las metrópolis. En otra perspectiva, los estudios sobre la dependencia veían en la subordinación de los países latinoamericanos a las metrópolis la clave de nuestros males, y esperaban, por lo tanto, que se resolverían con un desarrollo nacionalista, económico y culturalmente autónomo.

No hay que tomar mecánicamente este correlato entre el desarrollismo económico y el desenvolvimiento de las vanguardias artísticas e instituciones modernizadoras, como la Bienal de Sao Paulo y el Instituto Di Tella en Buenos Aires. Tampoco existen correspondencias univocas entre la concepción nacionalista antidependentista y los movimientos educativos y de cultura popular, e incluso la efervescencia del folclor, la literatura y el cine latinoamericanos, en los años sesenta y setenta. Pero las correlaciones parciales ocurridas entre lo económico y lo cultural permiten leer las polémicas entre desarrollistas y antimperialistas junto con las que ocurrieron entre las vanguardias y los nacional-populistas. Diremos rápidamente que la situación presente muestra a esos movimientos como los intentos póstumos de organizar las relaciones entre cultura y sociedad en torno de la cuestión nacional, así como el último período en que las políticas culturales buscaban constituir sociedades nacionales modernas o nacional-populares con un alto grado de autonomía y autosuficiencia.

De modo semejante a como el desarrollismo y la teoría de la dependencia caducaron por no dar cuenta de la complejidad del proceso económico-político, perdieron verosimilitud las vanguardias artísticas y las propuestas nacionalistas en la cultura. No han venido a sustituirlas otras teorías ni otros movimientos con consistencia e impulso equivalentes. La situación actual se caracteriza por una crisis general de los modelos de modernización, el debilitamiento de las naciones y de la idea misma de nación, la fatiga de las vanguardias y el desvanecimiento de las alternativas populares. ¿Qué consecuencias tiene esta crisis para las relaciones entre cultura y sociedad?

Ante todo, encontramos un efecto paradójico. Hemos tenido en los años setenta y ochenta, por primera vez en América Latina, un conjunto de estudios sociológicos, antropológicos y comunicacionales sobre las artes, las culturas populares y los medios masivos que permiten plantear, con más rigor y más datos, los vínculos entre cultura y sociedad. Pero este avance académico ocurre en medio de una incertidumbre socioeconómica y política sobre la viabilidad del continente, que vuelve arduo decir para qué sirve la cultura. Trataré de retomar conjuntamente, en lo que sigue, la discusión sobre las inestables certezas de las ciencias sociales respecto de la cultura en la modernidad y los aportes de las humanidades, que ocupan un nuevo lugar al reflexionar sobre la condición posmoderna.

### INDUSTRIAS CULTURALES Y HOMOGENEIZACIÓN NEOLIBERAL

América Latina fue sometida a programas homogeneizadores en todas las etapas de su desarrollo moderno: a través de la Conquista y la Colonia, mediante la cristianización de las etnias obligadas a abandonar sus religiones originarias, durante la formación de Estados nacionales, en la escolarización monolingüe y el diseño colonial o moderno del espacio en las ciudades. Pero ningún proceso homogeneizador ha sido tan rápido como los dos que rigen actualmente el desarrollo sociocultural del continente: la expansión de las industrias transnacionales de comunicación y de los programas económicos neoliberales.

La diseminación masiva de las industrias culturales en esta segunda mitad del siglo XX es vista a menudo como la principal causa de que se haya transnacionalizado y desterritorializado la cultura. Sin embargo, varios estudios reubican ahora el papel omnipotente que se daba a los medios electrónicos de comunicación al mostrar que la globalización cultural es promovida también por los movimientos masivos de migrantes, turistas, exiliados y trabajadores extranjeros temporales; por los intercambios de conocimientos, bienes de consumo y recursos financieros que circulan fluidamente entre los países y entre los continentes. Todos estos procesos de internacionalización económica y sociopolítica contribuyen a relativizar los contextos nacionales como condicionantes básicos de la identidad. La mayoría de los bienes y mensajes que recibe diariamente cada pueblo ha sido generada fuera de su territorio o en empresas transnacionales que, aun residiendo en el propio país, ajustan su producción a estándares globales.

Pero dentro de este proceso multideterminado las industrias comunicacionales siguen ocupando un lugar protagónico. Si la radio, la televisión y la videocasetera pueden ser tomadas como signos de modernidad, en ningún otro aspecto —ni en la educación, ni en la vivienda, ni en la salud— los pueblos latinoamericanos exhiben un acceso tan masivo a la modernización. En la mayoría de nuestros países, los hogares con radio y televisión oscilan entre 80 y 95%, y en varios alcanzan porcentajes del 50% los que poseen videocaseteras cuando apenas se cumple una década de

su difusión comercial. Esta cultura a domicilio es, en gran medida, una cultura internacional, pero importada sobre todo de los Estados Unidos: Según estimaciones de la UNESCO, en 1986 el 77% de los programas televisivos latinoamericanos provenía de ese país, el 12% de otros de la región y el 4% de la televisión europea. No obstante, se advierte una tendencia al cambio en esta relación entre lo nacional y lo importado por el veloz crecimiento de empresas latinoamericanas con distribución transnacional: Notoriamente Rede Globo y Televisa, pero también otras de capitales peruanos, colombianos, venezolanos, que en algunos casos agrupan a inversionistas de varios países latinoamericanos.

Encontramos entonces que, dentro de un proceso de irrefrenable transnacionalización, se producen desarrollos nacionales y regionales que ya no pueden explicarse por la simple relación polar entre países latinoamericanos y metrópolis, tal como se concebían bajo las teorías del imperialismo y la dependencia de las naciones periféricas, Brasil es el caso más desafiante para estos esquemas: La masificación e industrialización de la cultura no implicó una mayor dependencia de la producción extranjera. A partir de los años setenta creció su producción cinematográfica y la proporción de películas nacionales en los cines de 13.9 por ciento en 1971 a 35 por ciento en 1982. La programación televisiva extranjera, que ocupaba en 1972 el 60 por ciento de las pantallas, bajó al 30 por ciento en 1983. Cifras semejantes se observan en el incremento de la producción nacional de las editoriales, de los discos y casetes. Al mismo tiempo que se dio esta tendencia a una cierta autonomía de la producción cultural, Brasil se convirtió en un agente exportador de telenovelas y otros productos comunicacionales al mercado latinoamericano, y aun a Europa y los Estados Unidos. Llegó a ser el séptimo productor mundial de televisión y publicidad, y el sexto en discos.

Una "Latinoamericanización" semejante, en la que se exaltan las culturas nacionales bajo los patrones de una integración empresarial de la región, se advierte en los programas de la Cadena de las Américas y del sistema Eco, difundidos por Televisa, empresa que acaba de consolidar esta expansión comprando canales de TV en Argentina, Chile, Perú y Venezuela. Al analizar este proceso, Renato Ortiz sostiene que estamos pasando "de la defensa de lo nacional-popular a la exportación de lo internacional-popular".

Tales cambios en la articulación de lo nacional y lo extranjero están siendo condicionados, y a veces contradichos, por el otro gran movimiento homogeneizador de las sociedades latinoamericanas: La brusca reestructuración neoliberal. En todos los países se produjeron en los últimos quince años, con dictaduras o sin ellas, ajustes que adelgazaron a los Estados y redujeron el control nacional sobre la economía, privatizaron las industrias, incluidas las culturales; ciertas áreas básicas de la economía cayeron en la recesión, descendió un 40% el poder adquisitivo de los salarios, se agudizaron las desigualdades internas y externas. Como consecuencia de este reordena-

miento y del lugar declinante de nuestras economías en el intercambio mundial, América Latina se volvió un continente estancado. Hasta los países más dinámicos de otro tiempo (Argentina, Brasil y México) mostraron índices negativos de crecimiento en los ochenta, y en casos como Perú una caída del 10% de la producción real. Las altas tasas de expansión demográfica de las ciudades no se acompañan con un avance económico proporcional. El proceso acelerado de urbanización, deriva más de la acentuación de los conflictos sociales que de una industrialización consistente. La industrialización — primero sustitutiva y después dependiente — no conlleva casi nunca un crecimiento real del empleo industrial; contribuye, sobre todo, a abultar el sector terciario y el subempleo. Las grandes ciudades del continente, que los gobiernos y los migrantes campesinos imaginaban hasta hace pocos años como la avanzada de nuestra modernización, ven deteriorar su calidad de vida, con los centros dramáticos de la violencia y la muerte, todas se parecen, especialmente porque sus calles y plazas se convierten en escenarios caóticos de la pobreza que intenta sobrevivir mediante el mercadeo "informal". Esta homogeneización recesiva de las sociedades latinoamericanas afecta también la producción y el consumo de cultura. Se cierran cines, librerías y teatros, museos y agrupaciones de artistas independientes. Muchas editoriales y radios han sido compradas por empresas europeas y estadounidenses que las reprograman desde patrones ajenos a la región. Los gobiernos, agobiados por la deuda externa, reducen el gasto en servicios públicos, entre ellos los educativos y culturales. Dicen en todos los países que la cultura debe autofinanciarse, rendir ganancias, y que es mejor dejarla en manos de la iniciativa privada. Pero la recesión económica, la caída de los consumos, y la apertura indiscriminada de los mercados nacionales a la competencia internacional asfixia a empresas privadas grandes y a comerciantes pequeños y medianos. En Brasil ha vuelto a subir la proporción de cine extranjero porque el gobierno cerró Embrafilme, la empresa estatal que auspiciaba la producción, y las películas nacionales se redujeron a tres o cuatro por año. Algo semejante ocurre en las industrias del libro y de los discos, incluso en países que habían tenido un alto nivel productivo, como la Argentina.

¿Qué va a quedar de los movimientos artísticos y culturales latinoamericanos a fin de siglo? ¿Vamos a poder enterarnos de las innovaciones literarias, teatrales y cinematográficas que se desarrollen en otros países, o "la vida cultural" se reducirá a espectáculos masivos de música y entretenimientos capaces de dejar ganancias fáciles en la televisión y los estadios? ¿Qué ocurrirá con las artesanías, las fiestas regionales y otras manifestaciones populares que no logren convertirse en shows reditables y sólo sirvan para renovar las identidades locales? ¿Cómo repensar y estudiar la multiculturalidad constitutiva de nuestras sociedades?

## ETNIAS Y NACIONES EN UNA ÉPOCA DE GLOBALIZACIÓN

Para replantear, en este cuadro de fin de siglo, los vínculos entre homogeneización y pluralidad, entre universalismo y particularismo, conviene distinguir dos tipos de multiculturalidad por una parte, la multiétnicidad constituida históricamente, por otra, la heterogeneidad, diversidad y pluralidad cultural surgida de los procesos modernos de segmentación y reorganización de la cultura en las sociedades industriales.

## a) Perspectivas del desarrollo multiétnico.

Hay que recordar, ante todo, que los insistentes programas de modernización y homogeneización no han logrado evitar que en América Latina siga habiendo unos treinta millones de indígenas, con territorios diferenciados, lenguas propias (cuyos hablantes aumentan en algunas regiones) y con hábitos de trabajo y consumo que los diferencian. La resistencia de cinco siglos de grupos como los aymara con unos dos millones y medio de personas, los mapuches con unas 700.000, los mixtecos con más de medio millón, los mayas, nahuas y quichés con casi dos millones cada etnia, y los alrededor de diez millones de quechuas, los mantienen como partes fundamentales de Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Guatemala y México.

Muchos sociólogos que en otro tiempo eran entusiastas de la modernización unilineal reconocen ahora que esta diversidad cultural no es necesariamente un obstáculo al desarrollo. La producción de formato precapitalista, las relaciones sociales basadas en el compadrazgo y el parentesco, así como las creencias religiosas y otros valores arcaicos pueden ser compatibles o encontrar su lugar en una modernización en crisis. Al volverse más problemática la noción de modernidad y acumularse evidencias de que los modelos metropolitanos de desarrollo son difícilmente viables en América Latina, pierde consistencia la concepción unidireccional de la historia que veía el desenvolvimiento capitalista y las tecnologías modernas como antagónicas a las tradiciones no occidentales. De ahí que se preste más atención al papel a veces positivo de las diversidades culturales en el crecimiento económico y en las estrategias populares de subsistencia; se acepta que la solidaridad étnica o religiosa pueda contribuir a la cohesión social y que las técnicas de producción y los hábitos de consumo tradicionales sirvan como base de formas alternativas de desarrollo.

Sin embargo, no hay acuerdos fáciles entre esta flexibilización del pensamiento científico-político, y, por otra parte, las demandas de los grupos indígenas. Se ha avanzado en algunos países al reconocer el pluralismo étnico, y construir procedimientos de participación en las sociedades nacionales que admiten modos diversos de organización y representación regional. Las políticas de etnodesarrollo aplicadas en varias sociedades latinoamericanas y la legislación que garantiza la autonomía de los indígenas en la Costa Atlántica nicaragüense son algunos indicios de un pasaje parcial del indigenismo paternalista a modalidades más autogestivas. Pero esos ensayos de reformulación no se cumplen sin contradicciones. Entre tanto, en

varios países sigue viéndose a las culturas indígenas como residuos anacrónicos o simples sobrevivencias de interés folclórico o turístico. Por otra parte, muchos grupos indígenas se niegan a integrarse, ni siquiera en sociedades pluralistas, porque consideran que las etnias son "naciones en potencia", unidades políticas enteramente autónomas

¿Qué posibilidades tienen los indígenas de sostener una independencia radical en medio de la actual modernización globalizada? La mayor parte de la literatura política y científica sobre la cuestión étnica analiza sólo las dificultades provenientes de la desigualdad y la dominación. Sin duda, la explotación económica, la marginación sociocultural y la discriminación educativa impiden que los pueblos indígenas puedan desarrollar sociedades autónomas con una satisfacción adecuada de sus necesidades básicas. Peor aún la política económica neoliberal, al acentuar en la última década la pobreza de los indígenas y mestizos, agrava la migración a las ciudades, los enfrentamientos por tierras y por el poder político, los conflictos interculturales y el racismo. En algunos países latinoamericanos, como Perú y Colombia, el deterioro de las condiciones económicas campesinas y urbanas es uno de los principales soportes de los movimientos guerrilleros, de las alianzas entre luchas campesinas y narcotraficantes, y de otras explosiones de violencia social

Sin embargo, la cuestión del futuro de la multiétnicidad no puede plantearse sólo en términos de antagonismo entre dominación y subalternidad, o como las peripecias de un movimiento enfrentado a la modernización. La investigación reciente revela que vastos grupos indígenas han alcanzado un alto grado de integración a la producción y al mercado capitalistas, al consumo de productos industriales, a la educación y las comunicaciones masivas, en suma, a la modernidad. Si bien hay movimientos étnicos que resisten su occidentalización, otros sectores se apropian de los conocimientos, los recursos tecnológicos y culturales modernos, combinan los procedimientos curativos tradicionales con los de la medicina alopática, incorporan como proyectos propios los cambios democráticos en la economía y la política, sincretizan sus creencias tradicionales con el catolicismo y aun como movimientos protestantes y evangélicos, en general más radicales en la promoción de la modernidad.

La adopción de recursos modernos no es necesariamente sustitutiva de sus tradiciones. Los indígenas son eclécticos porque han descubierto que la preservación pura de las tradiciones no es siempre el camino más apropiado para reproducirse y mejorar su situación. En casos como el de los artesanos prósperos de Michoacán o Guerrero, en México, los de Otavalo en Ecuador, y muchos otros, sus culturas locales crecen y se expanden a fuerza de volverse cosmopolitas. Por eso incorporan a sus cerámicas y pinturas escenas contemporáneas, aprenden a viajar en avión, a manejar tarjetas de crédito, estudian inglés y usan computadoras; son tácticas para extender su comercio y obtener el dinero que les permite mejorar su vida cotidiana. En

los grupos citados la prosperidad relativa alcanzada con esta reubicación moderna de sus tradiciones artesanales les ha permitido dedicar más dinero para la revitalización de sus ceremonias antiguas. Las recientes investigaciones antropológicas documentan estrategias no convencionales, oblicuas, con las que los grupos subalternos buscan integrarse a la modernidad y sacarle provecho. Sabemos que persisten formas severas de explotación, y por eso las confrontaciones interculturales e interétnicas adoptan a menudo el aspecto de simple oposición. No faltan situaciones en que se exasperan las diferencias y desigualdades al punto de que las clases y etnias actúan como si todo se redujera a enfrentamientos. Sin embargo una mirada más y minuciosa de las interacciones cotidianas de las mayorías revela que los países latinoamericanos son sociedades híbridas, donde se cruzan todo el tiempo formas múltiples, no necesariamente antagonicas, de disputar el sentido social.

### MULTICULTURALIDAD E HIBRIDACIÓN EN LA CRISIS DE LA MODERNIDAD

Como explicamos antes, en este fin de siglo la problemática multicultural no se agota en la multiétnicidad, ni en la convivencia de regiones diversas dentro de cada nación. ¿Es posible redefinir un sentido para las culturas nacionales cuando la mayoría de los bienes y mensajes que se reciben en cada nación no se han producido en su propio territorio, no surgen de relaciones peculiares de producción, ni llevan en ellos, por lo tanto, signos que los vinculen exclusivamente con regiones delimitadas? ¿Cómo definir "lo propio" dentro de un sistema transnacional, desterritorializado, de producción y comunicación? Las etnias y las naciones son hoy escenarios multideterminandos donde diversos sistemas culturales se intersectan e interpenetran. La heterogenidad sociocultural y el desafío a las costumbres tradicionales aparecen sin necesidad de movernos de nuestro barrio o nuestra casa. En cada grupo y aun en cada sujeto coexisten varios códigos simbólicos. Somos redes complejas y heteróclitas de prácticas y signos, de préstamos y transacciones interculturales. Es fácil comprobarlo en el cosmopolitismo, en las mezclas de tradiciones y modernidad, de artistas e intelectuales, y también en los consumidores de más nivel escolar, con acceso simultáneo a diversas lenguas y repertorios culturales; la producción plástica y musical de Buenos Aires, Sao Paulo, México y Caracas es cada vez más parecida a la de Nueva York, Barcelona y Tokio. Pero también se observa esta astucia combinatoria en los indígenas que venden en los puestos de economía informal, en Lima y Santiago de Chile, en La Paz y Bogotá, en las grandes ciudades latinoamericanas, hierbas medicinales junto a grabadoras importadas, artesanías junto a gadgets de la cultura electrónica. Pienso, asimismo, en la iconografía sincrética de los movimientos populares, por ejemplo en la figura de Superbarrio, en México, que combina la imagen de los luchadores enmascarados con la de Superman, y se ha

convertido en símbolo de los agrupamientos de vecinos que luchan por la vivienda. Aun en amplios sectores populares la identidad es hoy políglota, multiétnica, migrante, hecha con elementos cruzados de varias culturas.

Esta hibridación no elimina el desigual acceso de diferentes sectores, sobre todo a las innovaciones culturales, pero exige reformular las concepciones estratificadas que separaban maniqueamente lo popular de lo elitista, lo tradicional de lo moderno o lo nacional de lo extranjero. También es necesario enriquecer el análisis de la recepción y la apropiación cultural agregando a las variables étnicas o nacionales otras que intervienen en la estratificación social. La multiculturalidad es resultado de confrontaciones y combinaciones de muy diversas identidades: generacionales, sexuales, educativas, etc. .

### RENOVACIÓN DE LOS MODELOS DE ESTUDIO Y DE LA AGENDA POLÍTICA

¿Es posible formular un paradigma que abarque y articule estos procesos de fluida hibridación multicultural? ¿Cómo orientarse para descubrir sus tendencias y lógicas, para intervenir con políticas culturales significativas, apropiadas para este tiempo de globalización? En las sociedades industrializadas, y en cierto grado postindustriales, como son las latinoamericanas, es posible diferenciar tres grandes circuitos de desarrollo cultural:

a) En primer término, la cultura histórico-territorial, o sea el conjunto de saberes, hábitos y experiencias organizado a lo largo de varias épocas en relación con territorios étnicos, regionales y nacionales, y que se manifiesta sobre todo en el patrimonio histórico, las artes clásicas (teatro, música, plástica, literatura) y la cultura popular tradicional.

b) Por otra parte, los circuitos de comunicación masiva dedicados a los grandes espectáculos de entretenimiento (radio, cine, televisión, video).

c) En tercer lugar, existen redes selectivas de información y comunicación destinadas a quienes toman decisiones (comunicación por satélite, fax, teléfonos celulares y computadoras).

Para imaginar cómo evolucionará la multiculturalidad es necesario examinar sus perspectivas en cada uno de estos circuitos. ¿Qué ocurrirá en ellos a medida que los procesos de transnacionalización e integración socioeconómica se intensifiquen, por ejemplo a través de los acuerdos de libre comercio, ya avanzados en Norteamérica (México, Estados Unidos y Canadá) y en el Mercosur (Argentina-Brasil-Paraguay-Uruguay)? Parece razonable pronosticar que los cambios que generen la globalización y la integración transnacional en el desarrollo cultural no serán iguales en cada uno de los tres subsistemas descriptos.

En el primer circuito, el del patrimonio histórico y la cultura popular tradicional, es previsible que la apertura económica sea débil, pues se trata de zonas donde el rendimiento de las inversiones es menor y donde la inercia cultural interna es más prolongada. Sin embargo, algunos de los participan-

tes en el debate mexicano sobre el TLC llaman la atención a los cambios en la cultura cotidiana que pueden engendrar las exigencias de productividad y eficiencia de las sociedades metropolitanas si se aplican rígidamente.

Guillermo Bonfil observó que ciertos cambios que vienen produciéndose en la legislación económica y en la organización laboral para adecuar a México a la integración norteamericana, toman poco en cuenta los hábitos antiguos y las transformaciones culturales de larga duración que se requieren para lograr un ascenso rápido en la productividad y en la eficiencia, de acuerdo con las normas del mercado neoliberal. Las labores agrícolas, por ejemplo, guiadas tradicionalmente por una política de diversificación para alcanzar la autosuficiencia, obedecen a una cultura productiva radicalmente opuesta a la lógica que privilegia el mercado. "No hay por qué escandalizarse del cambio, la cuestión está en quiénes lo deciden y con cuáles razones: ¿qué peso tiene la opinión real de los campesinos acerca de los cambios que se tomarán en nombre de ellos?, ¿quiénes y cómo van a decidir si la opinión favorable es la especialización de la producción agrícola en cultivos comerciales, o, por el contrario, la diversificación orientada hacia la autosuficiencia alimentaria?".

En cuanto al segundo circuito, o sea la producción de mensajes recreativos e información masiva, la tendencia en la mayoría de los países latinoamericanos va no tanto hacia la globalización sino hacia una mayor dependencia de las empresas estadounidenses. Hay dos excepciones parciales: México y Brasil, pues disponen de recursos tecnológicos, económicos y humanos como para generar con cierta autonomía su producción nacional y expandirse internacionalmente. La creciente difusión de cadenas informativas y telenovelas de empresas mexicanas y brasileñas son claros ejemplos de su hegemonía sobre el mercado comunicacional de la región. El problema en este circuito no es tanto la capacidad de producción nacional o latinoamericana, sino la concentración monopólica en grandes empresas privadas, lo cual reduce la posibilidad de representar en forma plural y crítica la multiculturalidad nacional y regional. Los conflictos de Televisa en países del cono sur, e incluso en Estados Unidos, son causados principalmente por la competencia económica de los mercados, pero también, por pretender subordinar lo chileno, lo peruano o lo chicano a matrices culturales transnacionales en que sólo quedan de lo local interpretaciones pintoresquistas. Los movimientos de crítica y oposición a la hegemonía estadounidense y a la monopolización transnacional de Televisa manifiestan la importancia —y la necesidad— de protecciones nacionalistas para que las culturas de cada región y cada país no queden sin expresión en los circuitos masivos bajo la expansión de las transnacionales.

En el tercer subsistema —la información, el *know how* y la cultura para tomar decisiones e innovar—, la asimetría y la subordinación de los países latinoamericanos se agudizará al eliminarse aranceles a la producción extranjera y los pocos subsidios al desarrollo tecnológico local. Una mayor

dependencia cultural y científica en las tecnologías comunicacionales de punta, que requieren altas inversiones financieras, y a la vez son las que generan innovaciones más rápidas, nos volverá más vulnerables a los capitales transnacionales y a orientaciones ideológicas generales fuera de la región. Tal vez ésta es el área en que la asimetría y la desigualdad tendrán efectos más transformadores y negativos a mediano y largo plazo. ¿Cuál puede ser en el futuro la presencia en el mercado internacional y la capacidad de autogestión de un continente como el latinoamericano, con una población que supera el 8% de la población mundial, mientras sólo participa con el 6% del producto interno bruto del planeta, el 3,2% de la producción de bienes de capital, 2,5% de los ingenieros y científicos que trabajan en I&D y 1,8% de los recursos gastados mundialmente en este mismo campo?. La recesión de las economías latinoamericanas, así como el achicamiento de los aparatos estatales en educación y cultura, nos colocan ante esta paradoja: se promueve un mayor comercio entre los países de América Latina y de éstos con las metrópolis cuando producimos menos libros, menos películas y menos discos. Se impulsa la integración en el momento en que vamos teniendo menos para intercambiar y el empobrecimiento de los salarios disminuye el consumo de las mayorías.

#### COSMOPOLISTAS VS. FUNDAMENTALISTAS

¿Se puede hacer algo desde las políticas y los estudios culturales para que salgamos de este ciclo de homogeneización recesiva? Quiero destacar la importancia de trabajar en estos dos procesos destacados como reorganizadores de la multiculturalidad; las tensiones entre globalización y culturas nacionales o regionales y, al mismo tiempo, los conflictos que generan el debilitamiento de los Estados nacionales y la privatización y reestructuración empresarial de las prácticas socioculturales.

Cuando la multiculturalidad era un proceso interno de cada nación y los conflictos eran asumidos por los Estados nacionales, éstos actuaban como árbitros en nombre de un interés público que trascendía los forcejeos particulares de cada sector. Los resultados históricos de estas intervenciones organizadoras fueron diversos: en Argentina y Uruguay la construcción de la nación se hizo sustituyendo a la población aborigen por migrantes de los países europeos; en Perú y Guatemala se separó tajantemente el mundo de los blancos del de los indios; en México, se buscó integrar a los indígenas a la sociedad nacional mediante una restringida participación en la economía, la política y la cultura, lo cual dio lugar a un mestizaje intensivo bajo la hegemonía de los criollos.

Aunque consagrando siempre algún tipo de desigualdad, en estos procesos el Estado asumió la responsabilidad de establecer un orden que trascendiera las perspectivas faccionales e intentó conjugarlas en nombre de un interés nacional superior a la simple confrontación de los caudillos o las luchas del mercado. ¿Quién puede representar ese interés público y arbitrar las confrontaciones en la actual etapa de adelgazamiento de los Estados?

Hay dos respuestas extremas a esta pregunta la neoliberal y la fundamentalista. En ciertos países, como Perú, los militares el recurso de fuerza, casi desesperado, de una burguesía más especuladora que productiva y de un Estaso que perdió el control histórico y las razones ético políticas para actuar como organizador de la sociedad civil. En otros, como la Argentina, Brasil y Bolivia, la cesión de la responsabilidad estatal al crudo juego del mercado deja la multiculturalidad y las demás cuestiones de interés público —educación, salud, trabajo, violencia— libradas a una lucha de altos costos, donde los sectores con menos recursos obviamente pagan más caro.

En el extremo opuesto, resurgen movimientos fundamentalistas que creen posible compensar la languidez de las economías y los Estados latinoamericanos con la exaltación de las tradiciones propias (sus versiones mas exaperadas, aunque no las únicas, son Sendero Luminoso, los militares carapintadas argentinos y sus émulos venezolanos). Estas “soluciones”, más ideológicas que prácticas, son irreales en países con una composición muy heterogénea, especialmente los más grandes de América Latina; es poco verosímil querer reducir las muchas maneras de ser argentino, brasileño mexicano a un paquete fijo de rasgos, a un partrimonio monocorde y embalsamado. En rigor, en todas partes este recurso mágico para conjurar las incertidumbres de la multiculturalidad deja de ser viable: las sociedades se vuelven cada vez más consmopolitas y el ahogo económico de los Estados, que los priva de excedentes para distribuir, descarta cualquier ocurrencia populista de restaurarlos como administradores de la prodigalidad nacional.

¿Cómo construir, entonces, una multiculturalidad democrática? ¿Cómo equilibrar el acceso de diversos estratos a los bienes heterogéneos e internacionales ofrecidos por la globalización? Es necesario encontrar un camino practicable entre esto dos vértigos: ni el cosmopolismo para élites de los neoliberales, ni el fundamentalismo que pretende aislamientos ilusorios de tradiciones nacionales o étnicas “autosuficientes”. Para construir nuevas rutas hacia una multiculturalidad democrática es decisivo rehabilitar espacios de convivencia y negociación sobre la base de intereses públicos. En esta línea, urge redefinir el papel de los Estados y de los acuerdos multinanciales y multiculturales para reivindicar lo público, entendido como lo colectivo multicultural. Señalo una tarea que no puedo examinar en el espacio de esta ponencia, pero considero clave: se trata de construir tanto la identificación del Estado como una concepción fundamentalista e insular de la nación como evitar su disoclución en una lucha canibal de intereses privados y transnacionales. El desarrollo de las sociedades contemporáneas no puede ser sino multicultural. A su vez, una multiculturalidad democrática sólo puede conseguirse mediante la reconstrucción de la esfera pública nacional e internacional. Esta perspectiva podría orientar la errática y raquítica política cultural de lo que queda de los

ministerios de cultura. También podría volver un poco más imaginativa la agenda de las reuniones de ministros o de la OEA, en las que apenas se les ocurre fundar algunas casas de cultura más o promover giras de escritores y pianistas célebres.

Para concluir quiero enunciar brevemente otra tarea que las ciencias sociales pueden realizar en los años noventa. Se trata de replantear en la educación y la cultura, aprovechando los avances recientes de la investigación, las articulaciones entre el segundo y tercer circuito mencionados: el de información para élites y el de recreación para mayorías.

La segmentación principal que hoy divide las prácticas culturales no es tanto la de lo nacional y lo extranjero sino la que separa a los grupos de mayor nivel económico y educativo que toman las decisiones, de las masas a las que se ofrece sólo la recreación chatarra, pasatista, también programada transnacionalmente. Se trata de desconstruir en los estudios culturales esta escisión, hacer visibles sus efectos antiparticipativos y antidemocráticos respecto de los intereses públicos y colectivos. Y, por supuesto, imaginar políticas culturales, desde el Estado y desde la sociedad civil, que rompan esta segregación entre informados y entretenidos.

